



huellas

Huella de un saber perdido

Gerardo Battista

Hace unos meses Gustavo Slatopolsky me invitaba por medio de un mensaje de *Whatsapp* a escribir para este número de *entreUnos*. En ese momento, me encontraba ante la coyuntura de asumir una función que calaba una nueva huella en mi existencia. Esa experiencia precipitó que realice una lectura fallida del mensaje. Cuando le comento a Gustavo el estado de trabajo del escrito, su mirada atónita me hizo entender que algo había equivocado y a “no-saber” ya sobre qué había sido convocado a escribir.

Les cuento esta anécdota pues va al meollo del asunto.

Con Freud sabemos que todo fallido es, en verdad, un acto logrado. Lo que he podido leer de recibir mi propio mensaje en forma invertida fue el recorte “mirada atónita”, la cual he encarnado en los primeros tiempos de trabajo en los talleres de la cigarra.

¿Qué era *eso* que me provoca incomodidad y, al mismo tiempo, animaba un entusiasmo inédito por esta clínica?

Aquello que me inquietaba fue el encuentro ante la presencia real de lo vivo de un “no-saber”. El “no-saber” al que me refiero no se circunscribe a la dificultad del quehacer del analista en un taller de un hospital de día, ni tampoco “no-saber” las coordenadas de cómo piensa el caso el analista que conduce la cura del paciente que transita por los talleres y que ese saber podría orientar el acto analítico. En verdad, mi búsqueda del saber era un intento de reducir lo contingente a lo necesario tratando de eludir el imposible que esta clínica *da a ver* a cielo abierto. Ese imposible de saber me llevaba a leer mucho, seguramente algunas veces empujado por la angustia, hasta que pude localizar que nuestra clínica es sin mapa. La cartografía se irá trazando al andar dejando en cada pisada, un vestigio del pie en un suelo para nada llano; pues su sedimento es un agujero que los analistas, con nuestros actos, debemos preservar. Por esta razón, pienso que lo singular del trabajo en la cigarra es que sus talleres tienen como soporte un gran embudo negro donde confluyen -a modo de un conglomerado- las piezas sueltas de los pacientes. Esta clínica me enseñó que el trabajo, difícil de soportar, *entreUnos* es una experiencia, como entrar a un cuarto oscuro cada vez. Ese agujero de saber que lo torna operatorio y, al mismo tiempo, propiciador de las invenciones de los pacientes y también, por qué no, de los analistas.

En este intento de formalización para ubicar los efectos que la cigarra ha tenido en mi formación se conjugan y ponen en tensión tres elementos que constituyen la siguiente serie: el “no-saber”, el acto analítico y la invención.

Por ello, uno de los saldos de saber que pude extraer para mi formación como practicante del psicoanálisis fue experimentar, soportar y volver operativa la docta ignorancia.

Los lectores de *entreUnos* saben de qué les estoy hablando. Pues esta revista transmite el trabajo en acto que se *realiza* en la cigarra. Al punto que podrán pesquisar cómo las actividades de los talleres mutan en función de “la puesta a punto” del programa de goce del paciente por el cual se había forjado la temática del taller para acompañar su invención.

Bajo ese mismo sesgo, también me enseñó acerca de la neutralidad lacaniana. Una referencia de Lacan en el Seminario *L'insu* barrió con algunos prejuicios y estereotipos que me permitieron poder repensar esta práctica que es *entreUnos* y, también, entre varios. En la clase “Palabras sobre la histeria”, del seminario mencionado, Lacan dice: “qué es la neutralidad del analista sino es justamente eso, esa subversión del sentido, a saber esa especie de aspiración no hacia lo real sino por lo real”. Esta orientación promovía a los analistas que participábamos de los talleres podamos dirimir qué era lo más conveniente a la hora de intervenir en la actividad en función de la tensión entre lo contingente y lo singular que precipitaba el encuentro con cada paciente, cada vez. Es decir, entendí que la neutralidad lacaniana separa la neutralidad de la abstinencia.

Esta praxis *entreUnos* también me ha aportado saber epistémico, ya que me ha permitido pensar no sin la clínica que el lenguaje y el goce no hacen dos. El niño autista no está en este engaño: para él hay un Uno-solo, un Uno-sin-el-Otro del lenguaje. Y este Uno se dice de un solo modo: goce¹.

Agradezco a Gustavo Slatopolsky, a Ricardo Seijas y al equipo de la cigarra por lo aprendido y por saber preservar un “no-saber” fecundo, huella de un saber perdido.

gerardobattista@yahoo.com.ar

¹ Di Ciaccia, A., “Una práctica entre varios”. En: <http://nel-medellin.org/blogla-practica-entre-varios-parte-i/>

Huellas de la cigarra

María Romé

Me alegró mucho recibir la invitación a escribir sobre las huellas de mi experiencia en la cigarra, experiencia riquísima que me movilizó (en las diversas acepciones del término), reavivando mi interés por esta clínica que me atrae desde los inicios de mi formación.

Revisando las notas tomadas en el colectivo de regreso a casa (dos horas de viaje que pasaban volando, entre anotaciones y lecturas, en el intento de dar sentido a lo acontecido ese día en cada taller), no me sorprende encontrar tantas veces la palabra "sorpresa". Recuerdo entonces mi primer día en la cigarra como si hubiera sido ayer. Mis preguntas previas, que evidenciaban mis prejuicios (¿En qué consisten los talleres? ¿Qué efectos buscan producir? ¿Cómo operan desde la lógica del psicoanálisis laciano? ¿Qué lugar ocupa el coordinador? ¿A qué pacientes se incluye en este dispositivo? ¿Constituye un tratamiento en sí mismo?), perdían peso ante las nuevas preguntas que me surgían ante el encuentro con cada taller: ¿Cómo me incorporo, si no sé en qué consiste el taller? ¿Puedo participar sin intervenir? ¿Cómo intervengo, si no conozco a los pacientes? ¿Cómo calcular los efectos de mi intervención?

De esta manera, mis preguntas iniciales con respecto al efecto de los talleres en los pacientes eran postergadas por los efectos que los talleres provocaban en mí, además de la sorpresa: incertidumbre, conmoción de lo establecido, caída de referencias... efectos que, al evidenciar mi posición, operaban como intervención.

Una vez atravesado ese primer momento de desasosiego, la lectura de esos efectos, que hacían resonar las huellas de mis primeras experiencias en la clínica, dio lugar a otro uso de ese no saber, que me permitía estar más despierta en cada uno de los talleres, atenta a lo real de esa clínica, para captar los detalles de las respuestas del sujeto a las que daba lugar. Evidentemente, no sólo no era necesario un saber previo acerca de cómo funcionan los talleres, ni tampoco acerca de los pacientes que participan en ellos, sino que ese no saber era una condición indispensable del funcionamiento de cada taller.

De la inicial expectativa de que me expliquen el dispositivo, pude moverme entonces hacia el encuentro con esta clínica, ideada el propósito de dar lugar a las invenciones del sujeto en el autismo y la psicosis, de acompañar o empujar al sujeto en la producción de algo propio, de una solución absolutamente singular. Mis intentos por dar sentido a cada consigna e intervención fueron cediendo, al constatar una y otra vez que iba más allá del sentido lo que sucedía allí. Una vez más, el encuentro con el autismo y la psicosis me enseñaba sobre el valor del sinsentido en la clínica, esta vez en el marco de un dispositivo que le daba un lugar nuevo para mí.

Simultáneamente, mi participación en las reuniones clínicas y en el seminario teórico de los miércoles, así como el valioso intercambio con mis compañeros de esta experiencia/aventura en la cigarra, me permitió formular nuevas preguntas, algunas de ellas compartidas: ¿Qué tiene el taller de magia, que hace que crean hasta los que no creen? ¿Por qué el taller de matemáticas, o "cero coma uno", resulta ordenador? ¿Cómo se las arreglan en él quienes no cuentan con el cero para contar? ¿Qué es lo que, del taller de sombras chinescas, anima a Gastón? ¿Qué del taller de la palabra posibilita ese lazo sorprendente entre Vicente y Miguel?

Así, las preguntas acerca de la lógica que subyace a los efectos de las intervenciones en los talleres se multiplicaban y nos impulsaban hacia nuevas búsquedas, lecturas e intentos de formalización. Además del deseo singular de cada uno de los que compartíamos esa experiencia, parecía movernos algo en común, como una especie de gran motor que mantiene y multiplica el movimiento que produce la cigarra.

Más allá de la apariencia, no era magia lo que acontecía en los talleres: esos "artefactos" (Gustavo *dixit*) capaces de suscitar efectos incalculables y de alojar las invenciones singulares de cada uno, incluso las más locas de cada cual, al mismo tiempo que operan como marco, como límite, como una maquineta que trabaja para la localización o el acotamiento del goce cuando éste es excesivo, tales aparatos, capaces de animar lo que estaba inanimado, y de poner un coto a aquello que parecía imposible de acotar, son motorizados por el deseo del analista, encarnado o sostenido por cada uno de los practicantes que forman parte del taller. De allí que, atravesando las diversas actividades propuestas y los diversos modos de intervención posibles en cada taller, la constante es una ética: la suposición de un sujeto capaz de servirse de la consigna que se le ofrece para producir respuestas que tienen algo absolutamente singular, respuestas que a su vez provocan modificaciones en un dispositivo firme pero flexible, capaz de generar en ese mismo movimiento transformaciones en el sujeto.

Tales son algunas de las huellas que dejó la cigarra en mi formación como analista. Huellas cuya resonancia es preciso volver a leer, en tanto de eso estamos hechos, de huellas y sus resonancias, que nos dan una noción de lo que nuestra clínica puede producir.